

RECUERDOS

Tributo a José María (“Chema”) Cantú

Víctor B. Penchaszadeh



Una figura emblemática

José María (“Chema”) Cantú (1938-2007), nacido en Monterrey, México, (Figure 1), se graduó de médico en 1965 en la Universidad Nacional de México y al poco de graduarse se especializó en genética médica

y humana en Francia y Estados Unidos. Lo que siguió fue una carrera meteórica desarrollando esa disciplina en Guadalajara, México, donde a lo largo de varios años describió más de 20 síndromes hereditarios desconocidos hasta entonces y capacitando jóvenes graduados, no sólo en los aspectos científicos de la genética, sino también en los dilemas y sufrimientos que generan las enfermedades hereditarias en los pacientes y sus familiares. Su pasión por la enseñanza lo llevó a organizar varios postgrados en genética humana en la Universidad de Guadalajara, donde fue profesor por varias décadas hasta su muerte prematura, que lo sorprendió en Buenos Aires en 2007.

Chema Cantú fue un ser humano excepcional, en quien se conjugaban el científico riguroso con el humanista preocupado por que la ciencia fuera usada solo para el beneficio de la humanidad, y con un carisma personal insoslayable que hacía imposible que pasara desapercibido en los ámbitos científicos y culturales en que se movía. Chema supo poner esta poderosa conjunción al servicio de la ciencia, la justicia y los derechos humanos rechazando y condenando enfáticamente aquéllos usos reñidos con la ética. Esta fuerte convicción fue siempre el principio guía en su vida profesional y científica, y la que le ganó la admiración y respeto de sus colegas y amigos

en todo el mundo. Fue natural que esa convicción lo llevara, después de una carrera descollante en genética médica, a desarrollar un pensamiento crítico de la ética de la ciencia y las aplicaciones del conocimiento generado por sus propias investigaciones y la de sus colegas.

Viajero empedernido, recorrió el mundo en congresos y reuniones científicas, propagando su visión de la ciencia para la justicia y la equidad, articulada con una militancia activa en pro de la paz mundial, amenazada entonces por la guerra fría y luego por los conflictos bélicos que le siguieron. Su inserción en la bioética siguió cánones heterodoxos, impulsando las corrientes bioéticas progresistas y laicas que estaban echando raíces en América Latina, basadas en la justicia social y la vigencia de los derechos humanos, en contraposición con el principalismo anglosajón que acompañaba los intentos de dominación del tercer mundo por parte de los países centrales.

En investigación, si bien practicaba y enseñaba el rigor del método científico experimental de la biomedicina occidental, era muy consciente y respetuoso de la diversidad de cosmovisiones prevalentes en las diversas culturas humanas. De hecho, lo cautivaban las filosofías budistas e hinduistas, y sus conferencias eran joyas imperdibles por su carisma y amplitud de miras. Por otra parte, era capaz de indignarse profundamente frente a la obscenidad de la injusta distribución de la riqueza en el mundo, a la vez que estaba convencido que se podía construir un mundo más justo por medio del diálogo entre personas de buena voluntad.

Sería tedioso enumerar la larga lista de sociedades científicas que lo honraron con cargos directivos y distinciones. Baste mencionar entre ellas la Asociación Mexicana de Genética Humana, el Consejo Mexicano de Genética, la Asociación

Latinoamericana de Genética y la Federación Internacional de Sociedades de Genética Humana. El reconocimiento internacional por su excelencia como genetista se tradujo en su incorporación al Panel de Expertos en Genética Humana de la Organización Mundial de la Salud y al Consejo Directivo de la Human Genome Organization (HUGO). Su compromiso con la ética en la ciencia lo llevó a integrar el Comité Permanente de Responsabilidad Científica y Ética del International Council of Scientific Unions (ICSU) y el Comité de Ética de la Human Genome Organization (HUGO). Pocas semanas antes de su muerte en 2007 fue nombrado Investigador Nacional Emérito por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México.

Las convicciones de Chema incluían la importancia y el poder de la colaboración internacional en ciencia y tecnología (en particular la colaboración Sur-Sur) como instrumentos para disminuir la brecha económica entre países ricos y pobres, mejorar la salud de los desposeídos del tercer mundo y romper con la dependencia de los países centrales del Norte. En su madurez, Chema desarrolló una gran preocupación por los dilemas éticos y sociales generados por las aplicaciones de la genética en manos de la industria privada con fines de lucro y lideró corrientes que mantenían la prioridad de la justicia y la vigencia de los derechos humanos como bases de la bioética. Si bien era entusiasta respecto del desarrollo de la medicina genómica, era muy cauteloso sobre los riesgos de consecuencias negativas en ausencia de un acceso universal a la salud garantizado por el estado. Siempre que tenía ocasión, hacía oír su voz condenando las terribles condiciones de vida que afectan a la mayoría de la población mundial, particularmente en los países “en desarrollo”. Mantenía que el desarrollo de tecnologías médicas basadas en el fin de lucro y no en las necesidades de los pueblos, y sin adecuado control y regulación desde los estados democráticos, iba a llevar a lo que denominó paupericidio (muerte de los pobres) por la explotación, discriminación y barreras en el acceso a los servicios médicos.

El compromiso de Chema Cantú con la lucha contra las fuerzas económicas y políticas que generaban el paupericidio, lo llevó a acompañar

las visiones bioéticas seculares y progresistas de la UNESCO, expresadas en la Declaración Universal del Genoma Humano y la Declaración Universal de Bioética y Derechos Humanos. En 2003, con un grupo de bioeticistas latinoamericanos reunidos en Cancún, México, y apoyados por la entonces encargada de Ciencias Sociales de UNESCO en México, Alya Saada, Chema fundó la Red Latinoamericana y del Caribe de Bioética UNESCO, fue su primer presidente y la llevó a constituirse en la corriente bioética defensora de los derechos humanos en América Latina que hoy sigue siendo. Lo hizo expresando una bioética comprometida con las necesidades de las poblaciones de la región, con la justicia social y la vigencia de los derechos humanos, y contraponiéndola tanto con la bioética principalista anglosajona, que responde a los intereses económicos y políticos del status quo, como con aquéllas basadas en dogmas religiosos sobre la naturaleza humana.

Este somero tributo a José María (“Chema”) Cantú sería incompleto si no mencionara que era una persona de una cultura profunda y exquisita, con muchos intereses más allá de la ciencia, tales como la música, las artes plásticas y la filosofía. Fue además el padre amoroso de las hijas de su primer unión, Cristina, Susana y Nancy, de su hijo José María (“Chemita”) y de su hija menor Lakshmi, que tuvo con el amor de su vida y devota esposa Mariela desde 1989, que lo cuidó con infinito amor y devoción en Buenos Aires durante su larga batalla contra un cáncer de estómago que le arrebató la vida un 12 de noviembre de 2007.

Estoy seguro de representar el sentir de todos los que hemos conocido a Chema Cantú a lo largo y lo ancho del mundo, los que fuimos sus amigos, y los que hemos trabajado con él en las disciplinas de genética y bioética, cuando digo sin ambages en estas líneas, que su amor a la vida, su quehacer aplicando la ciencia en beneficio de la humanidad, su lucha por la justicia social y la equidad, y su desarrollo de una bioética comprometida con los derechos humanos y las necesidades de los pueblos desposeídos, han dejado un legado imborrable en la ciencia de la genética humana y la bioética en América Latina y el mundo.